

Paco Camarasa Sangre en los estantes



Sangre en los estantes

Un repaso singular
del género negrocriminal
de la mano de un librero

Paco
Camarasa

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1384

© Francisco Camarasa Yáñez, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-233-5165-7

Depósito legal: B. 20.740-2016

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

Índice

Prólogo	9
A	13
Ambler y las novelas de espías sin espías	13
Arjouni, el turco que sólo sabía alemán	16
Ampuero y Díaz Eterovic: Chile después de Pinochet	19
«A» de amores y desamores entre los estantes	23
B	27
Balmaceda, un caníbal en el origen de BCNegra	27
Ballinger, Brewer y Brown: secundarios de lujo	30
Bardin, Behm y Damonte: novelistas «de culto»	35
Benjamin Black y un Jameson a las once de la mañana	40
Nicholas Blake, Vera Caspary y las caníbales	44
Lawrence Block: Nueva York sí tiene quien le escriba	47
Borges y Bioy Casares: buenos lectores, buenos directores de colección	51
Bunker: las historias carcelarias. Los americanos lo llaman <i>Penitentiary Stories</i>	54
James Lee Burke, Charles Willeford, James Crumley: tres tipos raros que escriben como los ángeles (¿o son los demonios?)	57

Burnett: «el chico de la novela» es el malo	62
Honorio Bustos Domecq: el libro fuera de sitio	65
«B» de bar: el mueble bar negrocriminal	67
C	71
James M. Cain: el cartero, la depresión y las rubias fatales y letales	71
Ese viejo mar llamado Mediterráneo. Ese hombre sabio llamado Camilleri	73
Carlotto, Carofiglio y Cataldo: los tres mosqueteros del <i>giallo</i>	77
Raymond Chandler llegó tarde, pero menos mal que llegó	81
James Hadley Chase y Peter Cheyney: los primeros elegidos. La Série Noire	87
Child, Baldacci, Katzenbach y Coben: ni negros ni policíacos, <i>thriller</i> negrocriminal	90
Doña Agatha Christie y Lucrecia Borgia	95
Wilkie Collins: cuando no existían la televisión ni los seriales pero sí el folletín	101
Javier Coma, nuestro teórico	103
Michael Connelly y Michael Koryta: los clásicos puestos al día	105
«C» de calle: la Sal, por supuesto	109
D	113
Detection Club: el almirante flotante y la Edad de Oro del crimen inglés	113
Daeninckx, Jonquet, Manchette y Vilar: Mayo del 68 tuvo la culpa	116
Jeffery Deaver y Karin Slaughter: ¿Qué haríamos sin asesinos en serie?	120
Sir Arthur Conan Doyle, el autor celoso	124
Dürrenmatt y Sciascia: la coartada literaria	126
«D» de dedicatorias	129

E	135
Cuando James Elroy nos quiso comprar la librería	135
« E » de economía	140
F	143
Karin Fossum , una de las pruebas de la existencia de nórdicos antes de Larsson	143
Jaume Fuster , el primero pero en catalán	146
« F » de final, de finales de BCNegra	147
G	149
John Grisham y Erle Stanley Gardner, una de abogados	149
Se llamaba Plinio, era el único policía que nos gustaba en el franquismo: gracias, García Pavón	153
Giovanni , Le Breton y Malet: París en blanco y negro	156
Alicia Giménez Bartlett , abriendo camino	160
Francisco González Ledesma , el jefe de la banda	165
David Goodis y William Irish, los perdedores	171
Sue Grafton , Sara Paretsky: si ellas leen, ellas protagonizan	176
« G » de gorrión, «g» de gato	181
H	185
Sherlock Holmes , el hombre que nunca existió pero que nunca morirá	185
Dashiell Hammett : <i>Cosecha roja</i> , novela negra	194
Emma Healey : alzhéimer	200
Patricia Highsmith : perversa, mala, seductora y fascinante	203
Tony Hillerman : la novela negroétnica y National Geographic con crimen incorporado	209
Chester Himes , el marido negro de la rubia	212

« H » de hastío, de hartazgo de explicar que Agatha Christie no es novela negra	217
I	221
Julían Ibáñez y Pérez Merinero:	
los «malditos» españoles	221
« I » de Islandia, « I » de Indridason	225
Jean-Claude Izzo es Marsella	229
J	233
P. D. James y Ruth Rendell: entre baronesas	
anda el juego	233
Mari Jungstedt, Camilla Läckberg y Åsa Larsson:	
las damas del crimen son suecas	240
« J » de Gijón, Gijón de Semana Negra	244
K	247
Philip Kerr: Bernie Gunther y el <i>nazicrime</i>	247
Yasmina Khadra y el sur del Mediterráneo	
llamado África	249
« K » de Katzenbach: la librería en los libros	252
L	255
Stieg Larsson, la que ha liado	255
John Le Carré: contra Karla leíamos mejor	258
Donna Leon, sin acento en la «o»	261
« L » de lectura	264
M	269
Ross Macdonald: Lew Archer, el primer	
detective ecologista y sostenible	269
Juan Madrid y Andreu Martín: los años ochenta.	
Madrid-Barcelona	273
Henning Mankell: Kurt Wallander,	
el descubrimiento de Suecia	279
Petros Márkaris, el mejor abrazo	284

José Martí Gómez: el periodismo <i>sucesero</i> .	
La nota roja	289
Ed McBain, el procedimiento	292
William McIlvanney, el escocés	296
«M» de <i>Manual práctico de cocina Negra y Criminal</i>	302
 N	 307
Jo Nesbø, el último nórdico. Lemaitre,	
el último francés	307
Malla Nunn, James McClure y Deon Meyer:	
esa dura realidad llamada Sudáfrica	312
«N» de <i>Negra y Criminal</i>	316
 O	 321
Guillermo Orsi: los premios literarios sirven	
para algo (o no)	321
«O» de (h)ostia. La primera	323
 P	 325
Padura: conocer La Habana sin haber pisado	
la isla	325
«P» de Peters, «P» de Perry, «P» de pasado	
y «P» de presente de la novela histórica	331
Pelecanos, Price y Lehane: unidos por <i>The Wire</i>	336
Edgar Allan Poe nunca lo supo	342
«P» de periodistas, «P» de publicidad,	
«P» de premios	345
 Q	 349
Qiu Xiaolong no es Fu Manchú	349
 R	 353
Robert K. Ressler: hay asesinos sin móvil	353
«R» de regalos o <i>sobornos</i>	356

S	359
Martin Cruz Smith y el gol de Iniesta	359
Osvaldo Soriano , uno de los argentinos	361
Lorenzo Silva : si Lorca levantara la cabeza	364
Georges Simenon , el gran desconocido	368
Maj Sjöwall y Per Wahlöö , esos suecos imprescindibles de nombre impronunciable	376
Rex Stout , S. S. Van Dine y Ellery Queen : los primos norteamericanos	382
« S » de sábados negrocriminales	387
 T	391
Paco Ignacio Taibo II , días de combate	391
Jim Thompson es la paloma	396
 V	401
Fred Vargas , Daniel Pennac y John Connolly : bendición y maldición	401
Manuel Vázquez Montalbán , el intelectual más lúcido y crítico, escribía también novela negra	407
 W	419
Truman Capote era yanqui, Rodolfo Walsh era argentino	419
Donald Westlake : humor y delito	422
Daniel Woodrell , Don Carpenter , Juan Marsé y Rafael Chirbes : ensanchando los límites, ampliando fronteras	424
Don Winslow : la narcoliteratura	428
« W » de web	432
 X	435
« X » de saxo	435

Y	439
José Yoldi: periodistas de día, novelistas de noche	439
«Y» de yin y yang	440
Z	443
Carlos Zanón y otros: los nuevos «nueve novísimos» del género negrocriminal	443

A

Ambler y las novelas de espías sin espías

La profesión de espía o la afición a espiar es, dicen, una de las más antiguas del mundo. Espías ha habido siempre, y algunos de ellos han aparecido en novelas de aventuras anteriores a la primera guerra mundial (como es el caso de la novela considerada como la iniciadora de este subgénero, *El enigma de las arenas*, de Robert Erskine Childers). Sin embargo, es alrededor de la gran guerra, la época en que William Le Queux, E. Phillips Oppenheim, Sapper y John Buchan comenzaron a publicar sus novelas, cuando comienza a surgir un subgénero —el de espías— que ha ido siempre ligado a la evolución del género negrocriminal, y cuyos libros y autores se han entremezclado en los estantes de cualquier librería negrocriminal que se precie.

Las novelas de Le Queux, E. Phillips Oppenheim y Sapper son inencontrables en castellano. El caso de John Buchan no es mucho mejor: sólo la más representativa de su obra, *Los treinta y nueve escalones* (más conocida por la adaptación que hizo un joven Hitchcock que por haber sido leída), puede leerse en castellano. Además, ha envejecido mal. Sin embargo, aún se lee bien *El enigma de las arenas* de Childers, el independentista irlandés que

empezó espionando para los ingleses y acabó combatiéndolos para conseguir la independencia de Irlanda; fue fusilado por sus cainitas compañeros de lucha.

Buchan y Childers se consideran, formalmente, los fundadores del género de espías.

Pero habría que esperar hasta la segunda mitad de los años treinta para que ERIC AMBLER (Londres, 1909-Londres, 1998) publicara una serie de novelas (*Fronteras sombrías*, la primera, en 1936, y cinco novelas más hasta 1940) y sentara las bases de lo que consideramos novela de espías.

Hijo de actores, vivió una infancia y una adolescencia poco convencional. En su juventud, fue ingeniero y trabajó en publicidad; más tarde se enroló en el ejército. No llegó a disparar un solo tiro, pero se licenció como teniente coronel, y sus labores propagandísticas le permitieron codearse con Frank Capra, Carol Reed, Peter Ustinov y un joven John Huston.

Era antifascista y pacifista en unos tiempos de tambores de guerra. Hizo lo que sabía, escribir, para señalar que la guerra no era la solución. Sus novelas no tienen como protagonistas a brillantes estrategias ni valientes héroes. Sus personajes son espías sin haberlo querido, son personas normales como usted o como yo, que hacen lo que deben o lo que pueden para salir de una situación en que se han visto envueltos. Son hombres corrientes que se ven accidentalmente o bondadosamente implicados en complejas y peligrosas intrigas internacionales. Pero, una vez inmersos en esas situaciones, no se quedan quietos, no se convierten en víctimas pasivas de las circunstancias.

En *Fronteras sombrías* ya se habla de una bomba atómica. Esta primera novela de Ambler es poco verosímil, pero aún se lee bien porque es tremendamente amena. Entre esas primeras seis novelas, que son los cimientos del género, encontramos también *La máscara de Dimitrios*. Una obra maestra. Una novela extraordinaria, dirá

Hitchcock. Guillermo Cabrera Infante, con la exageración habitual en él, aseguró que «*La máscara de Dimitrios* dio a la novela de espionaje una dimensión literaria que no está lejos de *Los papeles de Aspern* de Henry James». En *La máscara de Dimitrios* no hay que averiguar quién es el culpable. Conocemos desde el principio al asesino; o, al menos, su cadáver (o presunto cadáver). La intriga se construye en torno al culpable y no en torno a la víctima o a las víctimas.

Después de la guerra, Ambler viajaría hasta Hollywood, pero ni él ni Hollywood eran los mismos de antes, y regresa a Europa en 1958. Sigue escribiendo, sigue construyendo perfectamente sus novelas, pero ha perdido algo en el camino. Ya no hay entusiasmo ni esperanza. Sigue habiendo denuncia de los poderosos, pero encontramos desengaño y desencanto. Los hechos son contemplados desde fuera, sin la pasión del que actúa.

Su obra, 25 novelas y un libro de memorias, es la obra de uno de los mejores. Me gusta mucho comenzar este libro por Ambler, del que sigo siendo un lector fiel, leal y entusiasta.

Gracias a él (mejor dicho, a la editorial Bruguera de la época, hace muchos años), he aprendido que al subir al tren o al avión hay que llevar no uno sino dos libros para que no pase lo que me pasó en un viaje a Madrid, cuando había Intercity, para ir a una reunión. El viaje transcurrió rápidamente; yo estaba inmerso en las andanzas de Charles Latimer y Dimitrios Makropoulos, abducido por las páginas de *La máscara de Dimitrios*, que se iba deshojando como era habitual en las ediciones de Libro Amigo. Pero cuando sólo faltaban las apasionantes últimas treinta páginas, descubrí que las de mi novela se habían quedado en blanco. Maldije a alguien, pisoteé el libro, y el revisor me pidió calma mientras yo trataba de explicarle lo que ocurría. El viaje se había convertido en una pesadilla para mí. ¿Qué pasaría con el pobre Lati-

mer por las callejuelas de París? Al llegar a Atocha, lo primero que hice fue ir a una librería. Tuve suerte. Tenían un ejemplar sin páginas en blanco de *La máscara de Dimitrios*. Eso sí, llegué tarde a la reunión, pero valió la pena entrar feliz tras haber terminado la novela.

Hay también otros autores de novelas de espías que aún leo con agrado. Por ejemplo, sigue habiendo uno que me gusta mucho y que ha retomado los temas, los ambientes y los protagonistas inocentes metidos a espías. Me refiero a Alan Furst, que ha recorrido la Europa de finales de los treinta y de la guerra y nos lo cuenta. Aunque no sé si le puedo perdonar los errores sobre la guerra civil española en *Soldados de la noche*. También me gusta Joseph Kanon, en especial en *Estambul*, una novela ambientada en esa ciudad tan querida para Eric Ambler, quien situó en ella *Topkapı*, *Viaje al miedo* y *La máscara de Dimitrios*.

No se preocupen, no me he olvidado: de los espías profesionales de la CIA, del KGB, del MI5, les hablaré cuando hablemos de Le Carré.

Arjouni, el turco que sólo sabía alemán

JAKOB ARJOUNI (Fráncfort, 1964-Berlín, 2013) deja su ciudad natal después de la secundaria para instalarse en Montpellier, donde quiere estudiar agronomía y literatura. Como no tenía mucho dominio del francés, pero sí mucho tiempo libre, decidió combatir el aburrimiento escribiendo una novela. Allí nació Kemal Kayankaya, un detective privado triste y solitario que siempre termina metiéndose en mil líos. Y que es rechazado por los alemanes por su aspecto turco, pero también por los turcos porque sospechan que es un renegado y no habla turco ya que quiere ser «un buen alemán». No es, desde luego,

un ejemplo de buenos modales. Además, es provocador, sarcástico y algo cínico, y su humor corrosivo le crea problemas a menudo.

Tanto los alemanes como los turcos desconocen que Kayankaya nació en Ankara pero que sus padres, primero su madre y después su padre, murieron cuando ya estaban instalados en Fráncfort. Más tarde fue adoptado por una familia alemana. Es, por lo tanto, de cultura germánica pero de aspecto turco, en unos años en los que el racismo, la xenofobia y la discriminación contra los turcos campaban a sus anchas en la Alemania preunificada. Recuerden también el impresionante testimonio del periodista Günther Wallraff y su *Cabeza de turco*.

Por desgracia, las tres novelas de Arjouni que una pequeña editorial alternativa, Virus, tradujo al español en su momento, han sido poco leídas. ¡*Happy Birthday, turco!*, con prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, *Más cerveza* y *Rakdee con dos* es no han pasado, en España, de obras de culto entre los seguidores más fieles del género. Quizá su nivel de popularidad hubiera cambiado si se hubiera estrenado entre nosotros la película que la prestigiosa Doris Dörrie hizo basada en la primera de estas novelas.

Las obras de Arjouni son novelas cortas que se inscriben en la tradición de la más genuina y clásica novela negra. Un detective, algo marginal, que llega a fin de mes como puede, con poco presente pero también poco futuro, con pocos amigos, pero testarudo y empeñado en llegar hasta el final. La investigación es simplemente una excusa para denunciar el racismo y la xenofobia, la violación y explotación de los emigrantes, legales o no, y la trata de blancas, en este caso, asiáticas. Arjouni también muestra una policía corrupta, brutal e ineficaz. Sus novelas van impregnándose de desánimo; en ellas, van poco a poco desvaneciéndose los sueños, y no hay ni un atisbo de moraleja o moralina. Son un instrumento para describir el desorden político y social.

En las novelas de Arjouni, Fráncfort «es la ciudad más fea de Alemania», muy alejada de la postal de la Feria Internacional del Libro o de los rascacielos de prestigiosos arquitectos donde se hacen malabarismos con la «arquitectura financiera». Seguramente Rosa Ribas y su comisaria Cornelia Weber-Tejedor no estarían de acuerdo con Jakob Arjouni y su detective Kemal Kayankaya. Es más, algún colega de su comisaría estaría tentado de detener a Kayankaya.

Jakob Arjouni estuvo en Barcelona en 2005, en el homenaje a Manuel Vázquez Montalbán que abrió el Año Internacional del Libro que había organizado el Ayuntamiento de la ciudad. Naturalmente, estuvo en la librería para hacerse la tradicional foto con nuestra camiseta y seducirnos a todos y a todas con su cara de buen chaval y su mirada seductora.

En esa época vivía en Ginestas, muy cerca de Narbona, al sur de Francia, y agradeció que le tradujéramos las palabras que sobre él había escrito Manuel Vázquez Montalbán: «Es la mirada crítica de uno de los autores más interesantes de la novela criminal contemporánea. Jakob Arjouni pertenece a la raza de escritores responsables de que la novela negra nos ayude a descubrir el desorden político y social que la hace posible y necesaria».

Arjouni fue siempre precoz. Publicó *¡Happy Birthday, turco!* cuando tenía sólo veintiún años y lo hizo en la prestigiosa editorial alemana Diogenes, la que edita en Alemania a Petros Márkaris y a Donna Leon, entre muchos otros. Desgraciadamente, también fue precoz a la hora de morir. Falleció de cáncer de páncreas en enero de 2013, en Berlín, a los cuarenta y nueve años.

Incomprensiblemente, las tres primeras novelas del detective Kemal Kayankaya están agotadas y descatalogadas. Posteriormente escribió dos más que no se han llegado a traducir nunca.

Ampuero y Díaz Eterovic: Chile después de Pinochet

No hubo novela negra ni policíaca en Chile durante la dictadura de Pinochet. Como en todas las dictaduras, la policía era el brazo derecho (y, por lo tanto, la «niña mimada») del régimen. En una sociedad feliz y contenta nadie quiere delinquir excepto los rojos, los subversivos de siempre, contra los que se habían alzado Pinochet y sus secuaces. Quedaban pocos. La gran mayoría de los antipatriotas estaba en el exilio o en las cárceles, había desaparecido o había terminado en los cementerios.

No podía haber novela negra con crítica social o política o con delitos contra la sociedad por motivos obvios. El régimen no podía ser criticado. Por lo tanto, no se podía hacer novela policial, porque la policía no podía ser protagonista de novelas durante la dictadura. Un policía honesto, trabajador y que no utilizara la tortura como método de investigación no hubiera conectado con los lectores, no hubiera sido creíble.

Como en España, hubo que esperar el transcurrir del tiempo para que aparecieran los primeros detectives haciendo su papel de caballeros andantes enfrentados al poder y denunciando la injusticia. Primero Heredia, el sabueso creado por Ramón Díaz Eterovic en 1987 en *La ciudad está triste*; posteriormente, Cayetano Brulé, creado por Roberto Ampuero en su primera novela, *¿Quién mató a Cristián Kustermann?*, de 1993. No podía ser de otra forma. La novela negra necesita crear un protagonista con el que el lector, chileno o no, se identifique para hacerlo su amigo, su colega, su compañero. No puede ser un policía que hace dos días era un lacayo de Pinochet, Contreras y los suyos.

ROBERTO AMPUERO (Valparaíso, 1953) crea a Cayetano Brulé, un detective clásico. Individual, solitario, un

punto escéptico y algo cínico. Vive en Valparaíso, mágica ciudad que Ampuero conoce perfectamente porque nació en ella. Brulé, sin embargo, es cubano, su familia salió de la isla al inicio de los cincuenta, pero no es de familia «gusana», por lo que Brulé puede volver a La Habana y, de hecho, lo hace en alguna investigación. Obtuvo el título de detective en un curso por correspondencia, hoy lo hubiera hecho *online*. Lo acompaña otro personaje singular, su ayudante Bernardo Suzuki, hijo de un marinero japonés que pasó unas apasionadas horas en el puerto de Valparaíso, al que nunca más volvió.

El autor de *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* es un trotamundos que ha pasado, además de por la RDA y Cuba, por la Alemania Federal, por Suiza y por la capital de Suecia, Estocolmo, antes de recalar en la Universidad de Iowa para enseñar Literatura Latinoamericana, de donde sólo salió para ser embajador de Chile en México y, posteriormente, ministro de Cultura del gobierno de Sebastián Piñera. Ampuero también conoce muy bien Cuba. Durante su exilio en la República Democrática Alemana, se casó con la hija de un alto cargo de la revolución, y vivió en Cuba durante bastantes años antes de volver a la RDA. En esa época comienzan sus críticas al socialismo real que había defendido mientras militaba en las Juventudes Comunistas.

Ampuero ha escrito libros más o menos autobiográficos como *Nuestros años verde olivo* y se ha metido en el mundo de la pareja y los celos (en *Los amantes de Estocolmo*). Pero, como ocurre con tantos otros autores, es un solo personaje, en este caso su Cayetano Brulé, ese cubano nacido en 1950, el que le ha proporcionado más lectores. Hasta ahora, siete novelas han diseccionado para sus lectores la realidad chilena y cubana.

Sus novelas han sido editadas por diversas editoriales, lo que siempre conlleva un cierto despiste sobre su

obra. Pero, desde hace unos pocos años, Random House ha unificado, y reeditado, el conjunto de sus libros.

Un poco más joven, nacido más al sur, el otro gran novelista negrocriminal chileno es RAMÓN DÍAZ ETEROVIC (Punta Arenas, 1956). También marcado por la dictadura chilena, llegó a ser detenido en su época universitaria antes de convertirse en un activista cultural, fundador de revistas, y presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Poeta, cuentista y armador de antologías, en los estantes de la Negra y Criminal figuraba como el creador de Heredia.

Este personaje nace en una novela corta, *La ciudad está triste*. En la librería hemos tenido una edición muy curiosa. Es una edición argentina, publicada por Eduvim, con notas a pie de página explicando a los lectores argentinos algunos términos del original chileno. Todo esto leído desde el castellano de aquí. Siempre hemos defendido que leer autores latinoamericanos no era un problema sino una suerte, porque nos permitía ampliar la riqueza de nuestro castellano.

Heredia es, de todos los detectives privados influenciados por Vázquez Montalbán, el que más nos recuerda a Pepe Carvalho. Incluso en una de sus novelas, *A la sombra del dinero*, Carvalho, de visita a Santiago, se encuentra con Heredia y conversan en un mesón (es decir, un bar), naturalmente.

Heredia —nunca he llegado a saber el nombre de pila del detective chileno— es un solitario que vive en un pequeño apartamento de un barrio popular. Es más bien alto, un metro ochenta, nostálgico por lo que pudo haber sido y no fue, lector compulsivo y poseedor de una amplia y diversa biblioteca (pero, eso sí, ni tiene chimenea ni quema los libros). Le gustan las carreras de caballos y el tango. Es testarudo y coherente con sus ideas porque no puede traicionar a los amigos que han muerto

por ellas. Por eso, no soporta a los que han cambiado de chaqueta, sean del bando que sean: reniega de quienes desde la izquierda han abrazado el neoliberalismo económico; pero también nos dirá, en *Nadie sabe más que los muertos*, que «hoy en día todos son demócratas en el país, incluso aquellos que le lustraron las botas a los milicos».

El detective creado por Díaz Eterovic ha protagonizado, de momento, quince novelas y un libro de relatos (publicados por la editorial chilena LOM). De su realidad cotidiana conoceremos a Anselmo, el quiosquero, que hasta le presta dinero cuando lo necesita; a Campbell, el periodista de nota roja o *sucesero* que lo conecta con la realidad; pero, sobre todo, a nuestro secundario favorito: Simenon. Simenon es el gato que vive en su apartamento, y que sirve de contrapunto a sus reflexiones y conversaciones. Un gato que entró por una ventana un día y decidió quedarse dormido junto a las novelas de Maigret. De ahí su nombre.

Conocí a Díaz Eterovic en Gijón, pero no en la Semana Negra, sino en el Salón del Libro Iberoamericano, que entonces organizaba Luis Sepúlveda. En el año 2000, Díaz Eterovic ganó el Premio Las Dos Orillas con *Los siete hijos de Simenon*, y eso le permitió ser publicado en España, Grecia, Alemania, Italia, Portugal y Francia, porque era uno de los compromisos del premio. A Díaz Eterovic lo recuerdo tímido y callado, de hablar pausado, pero no distraído. No olvida y es leal con los que considera suyos. En 2009 y 2011 ejerció como anfitrión del Festival Santiago Negro que él y Lorenzo Silva organizaron en Chile.

Sus intenciones respecto al género negro son claras: «La novela policial que escribo está estrechamente ligada a los crímenes políticos que han asolado a Chile y a Latinoamérica. Un crimen que abandona el cuarto cerrado o las motivaciones individuales y se relaciona al poder del Estado, a los negociados políticos y económi-

cos, a la falta de credibilidad en la justicia, a la búsqueda de verdad. La novela policial ha sido para mí una perspectiva para hablar de temas sensibles en la sociedad chilena, como los detenidos desaparecidos, el narcotráfico, la carencia de una democracia real, las traiciones», dirá en 2002.

Y todo esto acompañado por una apuesta por elevar el nivel literario más allá de la simple escritura de una novela de género apoyada en un personaje de serie. Es una pena que este autor no haya sido más difundido entre los lectores y lectoras españoles.

De vez en cuando llega un paquete con matasellos de Chile y adivino que trae una alegría: la última novela de Díaz Eterovic.

«A» de amores y desamores entre los estantes

La librería Negra y Criminal ha sido un lugar de encuentro. No sabemos todas las relaciones que se han establecido a partir de ella, de su espacio, de sus vinos y de sus palabras.

Recuerdo una tarde de lluvia. Sonaba *Time On My Hands*, de Ben Webster. Sólo había entrado una mujer, que repasaba los estantes. Quizá buscaba refugio en la librería. Hacía un poco de calor. La mujer tenía el pelo mojado. Yo seguía subiendo datos de nuevos o viejos libros al ordenador. Nunca decía nada a no ser que me preguntaran. Me gusta que la gente dialogue a solas con los libros. Entró un hombre. Sólo recuerdo que era alto y moreno. También tenía el pelo mojado. Y también se puso a ojear en las estanterías. Ben Webster seguía sonando. En un momento dado, levanté la vista. Estaban bailando. No les había oído decir ni una palabra. Terminó la canción. Él se fue. Ella, azorada, tomó un libro de

la mesa de recomendaciones. Lo pagó y se marchó con una sonrisa en la mirada. Siempre recordaré el libro que se llevó: *La mirada del observador*. Me hubiera gustado preguntarle qué le había parecido. Pero no la volví a ver nunca más. A él tampoco.

El día 26 de julio de 2004, después de la Semana Negra de Gijón de aquel año, organizamos la presentación de *Cementerio de papel*, del autor mexicano Fritz Glockner, aprovechando que tanto él como Carlos Balmaceda, el autor argentino que el año anterior había ganado el Memorial Silverio Cañada, venían a Barcelona desde Gijón. El presentador del acto fue nuestro escritor de guardia, Andreu Martín.

Aquella tarde, nuestra amiga y voluntaria Pilar convenció a una amiga argentina para que la acompañara a la presentación. Su amiga había acabado de llegar a Barcelona después de un largo periplo por ciudades de Europa durante cerca de dos años. Quería recuperarse y tratar de olvidar una ruptura y un amor profundo pero no correspondido.

Nadie sabía que ese desamor tenía un nombre: Carlos Balmaceda, con quien se reencontraba en la Barceloneta, donde teníamos nuestra librería, después de haber roto con él dos años antes en Mar del Plata.

Participé alguna vez en *Encontres*, el programa cultural de la extinta Radio Televisión Valenciana dirigido y presentado por Ricardo Bellveser. En una ocasión, Ricardo y yo preparamos uno sobre novela negra. Irían Francisco González Ledesma, Alicia Giménez Bartlett y Raúl Argemí, entre otros. Un par de días antes, Ricardo Bellveser me comunica que Alicia no puede ir, y sugiero el nombre de Cristina Fallarás para sustituirla.

Cristina Fallarás y Raúl Argemí ya se conocían. Habían coincidido en la librería en varias ocasiones. Fue en aquella peligrosa y seductora noche valenciana donde iniciaron su amor profundo y apasionado. Al día siguiente,

todavía en la nube valenciana, perdieron la cartera, un móvil, y nos rompieron la escalera que permite subir al altillo.

Estábamos muy próximos a ellos. Sentíamos como nuestros sus éxitos y alegrías, y también sufrimos con el deterioro de aquel «amor valenciano». La crisis económica se ensañó y se encarnizó con ellos como si fuera un desalmado de los que transitan por sus novelas.

Creo que la librería fue testigo de uno de sus últimos encuentros: ambos presentaban la antología de relatos *Barcelona Negra*, en la que figuraban, en tiempos que fueron más soleados.

El año en que cerramos, 2015, Isabel Allende pasó por la librería para recoger la camiseta de Negra y Criminal, que ya tenía su entonces marido, nuestro amigo y novelista negrocriminal William C. Gordon. No habíamos hecho una convocatoria amplia, ya que Isabel Allende tenía problemas de agenda y no podría estar firmando mucho tiempo. Una de las que sí vino fue la comisaria de los Mossos d'Esquadra Cristina Manresa.

Era viernes, 30 de enero. Esa tarde comenzaba formalmente BCNegra 2015. Ernesto Mallo, el creador del *Perro* Lascano, había decidido venir unos días antes. Recién llegado a Barcelona, aquel día se pasó por la librería para charlar. Allí conoció a Cristina Manresa. Ahora son pareja y andan dando charlas conjuntas sobre la realidad, la comisaría, la ficción y el novelista en la literatura negrocriminal.

Gaston es la persona que trabajaba en la trastienda. En la librería conoció a Ana. Ahora viven juntos.

Un día de diciembre, la librería cerró para celebrar una boda: la de Karen y Ernest.

Siempre dijimos que la Negra y Criminal era algo más que una librería.